tando la agradable novedad que supone un libro como éste, el cual reúne, como decía en otro momento, un excelente aparato crítico, incluido el detenido y eficaz ensayo introductorio de Ruiz Barrionuevo, y, por supuesto, la propia obra de FGM, seleccionada por ella misma para la ocasión. Cualquier empresa editorial de esta naturaleza dedicada a la poesía de la autora cubana, será siempre un gesto bienvenido.

Walfrido Dorta Sánchez

Graduate Center,

City University of New York

Judith Podlubne. *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*. Rosario: Beatriz Viterbo-UNR, 2012. 363 pp.

Hacia fines de 2009 Judith Podlubne dictó en la Universidad Nacional del Litoral un seminario de posgrado que anticipaba los núcleos centrales de este libro. Allí decía, entre otras cosas, que la teoría literaria importa por la conversación crítica que es capaz de generar. *Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*, una de las manifestaciones más elocuentes de la crítica literaria de los últimos años, pone en acción dicha tesis. Se trata de una interlocución con cuatro conjuntos de actores hilvanada por una narrativa comparable a la de Claudia Gilman en *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. En ambos ensayos la densidad del análisis y la cantidad de datos se imbrican de modo tal que incitan al lector a continuar leyendo

para saber cómo sigue la historia, cómo se desarrolla el cuento que se cuenta.

En primer lugar, interesa destacar los dos espacios en los que el ensayo interviene y que se anticipan en el título. En la primera parte, Podlubne relea el proyecto intelectual de la revista *Sur* a partir de la interrogación de su moral literaria. Para ello reconstruye las innumerables disputas que, bajo la forma de diferentes manifestaciones, recalaban siempre en el mismo fondo de los supuestos humanistas. Brevemente repaso: la discrepancia de Filippo Marinetti respecto del uso del concepto *common reader* por Victoria Ocampo durante el Congreso de los Pen Club de 1934, la contienda acerca de los ejes del arte narrativo por venir (un enfrentamiento entre Eduardo Mallea, por un lado, y Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, por el otro, con sus respectivas defensas de los personajes o de la trama en la hechura de la novela), el “desagravio a Borges” cuando *El jardín de senderos que se bifurcan* no obtiene el Premio Nacional de Literatura correspondiente al período 1939-1941, el debate “Moral y literatura” organizado por la revista en 1945, entre otros episodios. Podlubne trabaja exhaustivamente sobre cada una de las piezas de una argumentación que le permite contrafirmar: la nada sencilla revisión de parte de las tesis fundacionales de María Teresa Gramuglio y de John King sobre *Sur* o la sutil desarticulación de los puntos de mayor consenso crítico sobre sus escritores se logra a partir de un complejo ensamble de datos leídos con finísimo detalle (prueba

de ello es el arduo trabajo de archivo del que dan cuenta, en especial, las notas al pie y los condensados envíos bibliográficos). Por ejemplo, a partir de la discusión sobre “Moral y literatura”, Podlubne desmantela una tesis extendida de King “sobre la falta de normas estéticas explícitas en la primera época de *Sur*” (153).

En la segunda parte, Podlubne retoma las conclusiones de la primera para exponer una lectura de los comienzos literarios de José Bianco y de Silvina Ocampo en clave de respuesta a las “intimaciones de las morales literarias de la revista” (25). Con elegancia y agudeza repasa los textos más importantes de la crítica entre los que se destacan los de Daniel Balderston, Sylvia Molloy y Enrique Pezzoni. Pero también aquellos textos que, desde el corazón de *Sur*, ejercían el trabajo crítico que no sólo mediaba la circulación de la obra del escritor en cuestión, sino también su futura producción literaria: desde este lugar expone y visibiliza las prerrogativas de Victoria Ocampo, de Adolfo Bioy Casares y de Jorge Luis Borges. La firmeza y claridad de sus interpretaciones se advierte en las tesis que anticipa sobre el “impulso centrífugo” (25) de la narrativa de Silvina Ocampo. Su lectura de los vaivenes en la escritura de Ocampo, producidos al compás de la sordera versus la internalización de la moral literaria de *Sur*, la confirma en el lugar asignado por Nelly Richard como una de las más afinadas críticas de Argentina. Si bien no hay en su trabajo una militancia de género ni una adscripción teórica explícita en esa línea, el análisis de la

construcción institucional lograda por Victoria Ocampo, de sus alianzas y disputas, de los mandatos sobre su hermana y las vacilaciones estéticas de ésta con las consecuencias derivadas en su producción discute, otra vez, los núcleos de los consensos críticos mientras aporta una lectura sobre la representación y la acción de las mujeres en y desde la escritura en la Buenos Aires de los años 40. Sus notas sobre el primer libro de Silvina, escritas entre la beligerancia, la ocurrencia deslumbrante y la opción por una política de la exhumación, son un ejemplo evidente.

La tercera conversación que Podlubne mantiene es con la teoría. El aparato conceptual que arma articula categorías de Maurice Blanchot y de Roland Barthes con otras de Edward Said, Pierre Bourdieu, Giorgio Agamben, Gilles Deleuze y Jacques Derrida. Una conversación que inscribe las particularidades de la apropiación categorial que se realiza desde Argentina. Y allí el diálogo se entabla con Beatriz Sarlo, Enrique Pezzoni, Jorge Panesi, Alberto Giordano, Josefina Ludmer, Adriana Astutti, María Celia Vázquez, Nora Avaro y Martín Prieto.

Podlubne hace de *Sur* una revista *otra* al descubrirla en perfiles antes no entrevistados, al de(s)velar matices insospechados en la escritura de Bianco y en la de Silvina, pero también en la de Victoria Ocampo, en la de Jorge Luis Borges y en las del repertorio completo de la crítica que se había ocupado de ellos. Pero además lo hace desde una dicción que despliega, como pocas veces he encontrado en la crítica literaria argentina, una narra-

tiva. Una doble inscripción a la que se agregan las condiciones de productividad, tramadas entre los afectos, los amigos y el trabajo de enseñar, entre los compañeros de la universidad y la ardua tarea de concluir un doctorado. Algo de esto se desliza en el agradecimiento a Emilia, su hija, “que durante meses jugó a que sus Barbies trabajaban de ‘hacer la tesis’” (10); también en la cifra dedicatoria (“A Giordano, en Salta y Ovidio Lagos, a las cinco de la tarde” [7]). Una conjunción de encuentros posibilitadores de los diálogos que *Escritores de Sur* ofrece mientras invita a otra “conversación infinita”.

Analia Gerbando

Universidad Nacional del Litoral /
CONICET

María Helena Rueda. *La violencia y sus huellas, una mirada desde la narrativa colombiana*. Madrid: Iberoamericana, 2011. 198 pp.

La violencia y sus huellas, una mirada desde la narrativa colombiana ofrece una revisión inteligente, crítica y original de las narrativas colombianas que durante el último siglo se han ocupado de la violencia en este país. Rueda no sólo hace un análisis textual de los relatos que narran la violencia, sino que además explora la permeabilidad que existe entre los hechos atroces y la manera en que éstos han sido narrados. También pone en primer plano la compleja y polémica relación entre escritura, ética y violencia en Colombia. La noción de *continuum* desarrollada por Schepher-Hughes y Bour-

gois en la introducción de *Violence in War and Peace* (2004) resulta entonces de gran utilidad para la autora. Este concepto le exige abordar los actos de agresión, las circunstancias que los hacen posibles, sus derivaciones personales, sociales y políticas, y las narrativas que intentan comprenderlos y contarlos desde una perspectiva de reciprocidad y relacionalidad.

Uno de lo más grandes aciertos de *La violencia y sus huellas* es la exploración de la permeabilidad entre la realidad y sus discursos que apelan a formulaciones amplias y afirmativas de lo ético. En este sentido, Rueda sigue las reflexiones de Alain Badiou sobre estos temas. Su énfasis puesto en la comunicación y la porosidad arma el texto y le permite a Rueda indagar en la capacidad que la literatura tiene para desnaturalizar situaciones, (re)presentar diferentes perspectivas, plantear diversos cursos de acción y, en general, señalar las estructuras y circunstancias que (re)producen y exacerbaban la violencia. El libro está dividido en cinco capítulos, cada uno de los cuales se centra en un periodo y una etapa de esta indagación.

El primero de ellos, “*La Vorágine* y sus rupturas”, introduce uno de los ejes del libro: el espectro tenaz de la mitificación. En su carta a Luis Trigueros, José Eustasio Rivera expone el temor de haber agravado la situación de los caucheros con su novela, que Rueda considera la novela fundacional de la violencia colombiana. Esta aprehensión habrá de acompañar a los escritores que le siguen: ¿no se empeora la situación de violencia, despojo y desplazamiento de ciertas pobla-